

VICENÇ FISAS ARMENGOL

REPENSAR EL «PROCÉS»
A TRAVÉS DEL DIÁLOGO

Icaria ✿ Antrazyt
POLÍTICA

Este libro ha sido editado en papel 100% Amigo de los bosques, proveniente de bosques sostenibles y con un proceso de producción de TCF (Total Chlorin Free), para colaborar en gestión de los bosques respetuosa con el medio ambiente y económicamente sostenible

© Vicenç Fisas

© Icaria editorial, s. a.
Bailèn, 5, principal
08010 Barcelona
www.icariaeditorial.com

Ilustración de la cubierta: Sara Xuan Fernández

Primera edición: enero 2021

ISBN: 978-84-9888-992-5
Depósito legal: B 1631-2021

Maquetación: Maribel Crusat

Impreso por Romanyà/Valls, s. a.
Verdaguer, 1, Capellades (Barcelona)

Printed in Spain — Impreso en España.

ÍNDICE

- Introducción: la crisis sociopolítica derivada del «procés» en Cataluña 7
- I. Breve cronología recordatoria 19
 - II. El período de la presidencia de Carles Puigdemont y el salto al vacío 29
 - III. La gestión de la política en una sociedad plural y con diferentes sentimientos de pertenencia 33
 - IV. Acción exterior, diplomacias de paz y polémicas sobre la desobediencia civil 43
 - V. El referéndum de 2017 y la declaración de la independencia 53
 - VI. La confusión sobre las «mayorías». Cuando 2 no son 4 57
 - VII. El espejismo respecto a los espejos donde mirarse 65
 - VIII. ¿Escalar o desescalar la crisis? insistiendo en la necesidad de «parar máquinas» 69
 - IX. El «procés» bajo los esquemas del análisis de conflictos. Percepciones y actitudes 81
 - X. Primer balance a mediados de 2018, previo a los diálogos 89
 - XI. Los cambios de gobierno en Cataluña y España en 2018, como prólogo de una nueva fase 93

- XII. Sobre los referéndums y las mayorías necesarias 97
- XIII. El período posterior a la sentencia 111
- XIV. Los presupuestos básicos para negociar 117
- XV. El embrollo de las mediaciones 123
- XVI. Naciones Unidas y el derecho a la autodeterminación 133
- XVII. Los inicios de la negociación para abordar la crisis 143
- XVIII. Cuando la metodología importa tanto como el contenido en una negociación 159
- XIX. Negociar en medio de la pandemia 171
- XX. Retomar el diálogo a pesar de los obstáculos y oponentes 181
- Apéndice
Dialogando sobre el conflicto vasco en medio de la tempestad 195

INTRODUCCIÓN: LA CRISIS SOCIOPOLÍTICA DERIVADA DEL «PROCÉS» EN CATALUÑA

Como analista de conflictos, sean armados o crisis sociopolíticas, puedo afirmar que el caso catalán vinculado con el «procés» no tiene precedentes en el mundo. Ni siquiera puede compararse con los casos de Quebec o Escocia, pues allí los acuerdos de procedimiento fueron pactados y nunca se abordaron de forma unilateral. En esos territorios no hubo un «procés» de ruptura abrupta. La crisis catalana es única por muchos aspectos, y gran parte de su difícil gestión está vinculada a esta singularidad. Si es un desafío político para los gobernantes, también lo es para los analistas que intentamos abordar este tipo de situaciones de la manera más neutral posible, sin partidismos y primando la independencia en el análisis, aunque es inevitable ir sacando conclusiones a medida que avanza la crisis, y que, a ojo de terceras personas, sitúan al mero analista como un actor con prejuicios iniciales, aunque no los tenga o intente liberarse de cualquier atisbo de ellos.

Dado que son reflexiones no elaboradas al final, sino a lo largo de cinco años y en parte hechas públicas, la redacción de este libro combina reflexiones de última hora con el análisis secuencial realizado en este quinquenio señalado. Esta precisión sobre la temporalidad es importante, tanto para el autor como para quien lea este libro, pues hay consideraciones preventivas o tempranas que no tuvieron la repercusión política buscada, al menos en los centros de decisión política, y no es lo mismo escribir *a posteriori* que analizando en caliente cada momento del quinquenio, donde los ánimos estaban muy encendidos.

De lo que voy a narrar se desprenden únicamente observaciones e impresiones derivadas del análisis, que pueden o no ser compartidas, y que el autor agradecerá además que sean debatidas y refutadas, si cabe. Un documentalista o un periodista de crónicas se limita a narrar hechos por el orden que suceden. Un analista no puede limitarse a eso, pues ha de sacar conclusiones, mirando el pasado, el presente y previendo el futuro, y en temas políticos no existe la objetividad absoluta, es imposible, pues estamos condicionados por valores y juicios al momento de interpretar los acontecimientos. Sería deshonesto por mi parte decir lo contrario. Así pues, quien esto escribe narra lo que ha visto y cómo lo ha vivido, ambas cosas a la vez, con todo lo limitado y subjetivo que tiene cualquier ensayo de clarificación, pero asegurando que lo ha intentado hacer de la forma más honesta posible, sin querer dañar a nadie ni deslegitimar gratuitamente cualquier opción política. Mi crítica no es sobre ideas, sino sobre métodos que creo erróneos, inútiles y hasta contraproducentes. Creo que es en esto donde deben poner el acento quienes se dedican al análisis de los conflictos y de las negociaciones, ya que estas últimas son las que, al final, y a través de mucho diálogo, escucha y consensos, deberán buscar y encontrar una salida aceptable al conflicto. El analista, además, y a diferencia de quienes se dedican a la política de forma profesional y partidista, ha de tener una mirada más holística, más fría (no distante) y atemporal, ya que también ha de poner el acento en la previsión de acontecimientos futuros. El cronista explica lo que acontece en el presente, pero el analista ha de ir más allá, anticipando las posibles consecuencias de los actos del momento.

Si se mira el índice, se verá que no he puesto apenas énfasis en las cuestiones que han proporcionado mayor número de reportajes, artículos de opinión o libros sobre el «procés», muchos de estos últimos escritos por políticos implicados en el mismo, incluidos los procesados y sus abogados. Hay una enorme literatura sobre el «procés», con muchos detalles sobre el juicio del Tribunal Supremo, la aplicación del 155 o el referéndum del 1 de octubre, por ejemplo. Pero mi intención, como analista, no es justamente abundar en lo ya explicado, sino en lo velado, espe-

cialmente cuestiones que interpelan a la toma de decisiones, las pasadas y las presentes. Por tanto, en este libro no cuento toda la historia del «procés», ya explicada con creces, sino aspectos de fondo muy específicos que a veces cuesta poner encima de la mesa, seguramente porque desmitifican hechos políticos que han sido glorificados y mitificados. Incomodar reflexivamente forma parte de la desnudez intelectual de quien escribe, y no por un simple y banal deseo de incordiar, sino porque forma parte del oficio de analista. Al respecto, he escogido una serie de temas que pueden ayudar a la reflexión sobre lo que hay detrás de los actos, aspectos muchas veces poco sometidos al debate público, excesivamente pasional y con el riesgo permanente de crear enemigos y traidores, pues la narrativa del «procés» adolece del mal binario, de buenos y malos, incondicionales y críticos, sin aceptar matices y líneas grises. El analista, precisamente, ha de moverse mucho en este espacio intermedio, aunque no limitándose ni buscando acomodo en el mismo, pues también ha de entender las necesidades profundas de los extremos polarizados. En ese ejercicio, a veces es conveniente acotar los temas objeto a estudio, estableciendo así un marco conceptual, y a ser posible con referencias internacionales para analizar los hechos desde una perspectiva más amplia.

A modo de resumen de lo que trataré, expongo lo que en mi opinión han sido algunos de los grandes errores del «procés», que han provocado una crisis sociopolítica de enormes dimensiones y un elevado grado de desconcierto. Son los temas centrales de mi análisis del conflicto, y abarcan cuestiones de fondo, de estrategia, de análisis de la realidad y de percepciones:

- Empezar a diseñar un proceso de transición y de creación de «estructuras de Estado», de forma unilateral y antes de consultar a la población.
- Calcular mal los tiempos necesarios para alcanzar algunos objetivos y someterse a los ritmos acelerados que habían impuesto algunos sectores.
- Prescindir de un profundo debate político en sede parlamentaria y de la búsqueda de mayorías suficientes para un proyecto de este tipo.

- Minusvalorar la lógica reacción de los aparatos del Estado ante un proceso de desconexión y de desobediencia de las decisiones judiciales.
- No intentar seducir de algún modo a la población española en un proyecto que pudieran entender o compartir en lo substancial, y potenciar en cambio una confrontación permanente que refuerza las imágenes de enemistad y hostilidad.
- Ignorar las limitaciones de la otra parte, así como la extrema radicalización de la derecha española a partir de un momento, en parte debido al mismo «procés».
- Creer que el «derecho a la autodeterminación» proclamado por las Naciones Unidas es aplicable a Cataluña.
- Desconocer que no existe ningún ejemplo internacional de secesión unilateral que haya tenido éxito, y confundir el caso catalán con las condiciones históricas y políticas totalmente diferentes de ejemplos tomados como referentes (Escocia, Quebec, Eslovenia, Kosovo o Montenegro, por ejemplo).
- Desconocer los mecanismos de reconocimiento de los nuevos Estados y pensar que la mayoría de los países aplaudirían la desconexión.
- Creer que la movilización de mucha gente es lo mismo que «todo el pueblo piensa y quiere lo mismo».
- Confundir el concepto de «amplias mayorías» con el logro del 50% +1.
- Pensar que el logro de este porcentaje de los votos en una consulta es suficiente para independizarse, al margen de la participación.
- Confiar en unas elecciones con alta abstención para lograr el citado 50% +1.
- Confundir la voluntad mayoritaria de ser consultados sobre el futuro con la posibilidad de varias opciones con un referéndum centrado solamente en la independencia con una pregunta binaria.
- Desconocer o ignorar varios de los mecanismos básicos de una negociación política con una agenda de extrema complejidad en la toma de decisiones.

- Olvidar que las partes en negociación no representan a la mayoría de la población respectiva con las limitaciones que eso impone.
- Prescindir del logro de un acuerdo consensuado con más del 60 % del electorado catalán para negociar con el Gobierno central y preferir, en cambio, una propuesta avalada por solo el 48 % del electorado y con divisiones en la estrategia negociadora.
- Intentar imponer de forma unilateral una mediación internacional (una persona extranjera o una organización) con el simple propósito de «internacionalizar» el «procés», aunque realmente no haya participación de Estados u organismos internacionales importantes en el proceso de intermediación.
- Poner como punto de partida de la negociación tres líneas rojas para la otra parte por los términos utilizados sin un plan alternativo y con una agenda más amplia.
- No darse cuenta de que, al final, la mayor parte de la población rechazaba la vía unilateral.

Aunque este libro expone la forma en que he analizado la crisis catalana derivada del «procés», la inclusión de un apéndice sobre una experiencia de diálogo en el conflicto vasco a principios de siglo se incluye porque tiene una cierta vinculación con lo escrito sobre Cataluña. Es una pena no haber podido realizar una experiencia similar en Cataluña a mediados de la segunda década. Ya que hablaré de independentismos y sentimientos patrióticos, no deja de ser paradójico que en este libro hable de dos territorios, Cataluña y el País Vasco, que únicamente ocupan 39.342 km², el 0,00026% de la superficie terrestre. Así de pequeños somos, aunque a veces nos creamos ser el centro del mundo. Además, cuando se abordan los conflictos, sea con el simple análisis o interviniendo en ellos, hay que trabajar siempre con tiempos largos y lo que nunca se sabe es cuándo se podrá poner el punto final; depende de lo que suceda, del estado de ánimo y de lo que el analista pueda aportar. El análisis de los conflictos, cuando se viven en directo, es un desafío permanente y produce una enorme inquietud, un desasosiego constante, pues no se puede ocultar que quien hace el análisis se ve afectado por

las consecuencias de dicha conflictividad, y si se tiene una mirada preventiva o anticipatoria puede ser peor, pues no se puede evitar entrar en un terreno previamente minado.

Cómo combinar el análisis y una posible actuación, aunque sea mediante sugerencias, es uno de los dilemas de quienes se dedican a tratar los conflictos. Además, ¿cómo gestionar las pasiones inevitables en un proceso tan vivo y cambiante que incide incluso en tu vida diaria? Un simple pacifista quizás pueda contentarse con apelaciones al diálogo entre las partes confrontadas, pero el analista debe ir más allá, enfriar su alma para tener la mente más neutral, y cuando se pasa al intento de lanzar propuestas, por modestas que sean, la cosa se complica aún más, pues hay que mantenerse en un terreno neutral para intentar atraer o interesar a todas las partes, aspecto bien difícil. Cada persona ha de calibrar lo que puede hacer en cada momento y tomar una decisión sobre lo que crea que es lo más pertinente, con el riesgo de equivocarse si la coyuntura cambia, pues lo dicho en público, dicho está.

He escrito este libro inicialmente en español, no en catalán, justamente porque soy de los que creen que la crisis concierne a toda la población catalana y española. Para contrastar, el conflicto vasco tuvo una tremenda dimensión interna, pues produjo una profunda división en la sociedad vasca, y además con muchas víctimas mortales y con largos períodos de indiferencia o condescendencia política y social por parte de algunos sectores. Pero a nadie se le escapa que desde Madrid se cocía buena parte del conflicto, por lo que el mismo tenía las dos variantes. En la crisis catalana, siendo radicalmente diferente, también ha existido esa doble dimensión: la crisis en el interior de la sociedad catalana con una clara polarización política y la crisis respecto a las relaciones con las instituciones del Estado y con la sociedad española. Cada parte ha de ver su cuota de responsabilidad y su margen de actuación para resolver las crisis e ir al fondo de las mismas, y engañarse en este punto a través de proyecciones, echando la culpa a la otra parte y no ver los errores propios, no ayuda a resolver los problemas. Ni aquí, ni en ninguna parte del mundo.

Creo conveniente distinguir entre el histórico problema del encaje de Cataluña con España, siempre incomprendido por el

fuerte y centralista nacionalismo español, incapaz de entender los nacionalismos periféricos, y el llamado «procés», más reciente y provocado inicialmente por la alianza del Partido Popular y el Tribunal Constitucional, al tumbar la reforma del Estatut catalán en 2010. Luego se han añadido otros factores, que incluyen las reformas pendientes del Estado desde la Transición, aspectos profundamente antidemocráticos. La crisis política catalana derivada de la inicial unilateralidad del «procés», así como del citado detonante que provocó el vertiginoso aumento del independentismo, es en cualquier caso uno de los mayores desafíos que tiene España y la propia sociedad catalana, muy dividida a causa de ella. Debería interesar a todas las partes encontrar una salida a la misma, aunque no sea definitiva, pues en el fondo hay raíces latentes que vienen de muy atrás. De ahí mi convicción de que, para encontrar una salida, habrá de tratarse el metaconflicto, esto es, clarificar de qué estamos hablando, definir el problema en toda su extensión. Al finalizar este libro, los políticos catalanes que fueron juzgados por el Tribunal Supremo por el «procés», llevaban tres años en prisión. La sociedad catalana, en diferentes encuestas, está mayormente en contra de esta situación, que no ayuda para nada a la búsqueda de una salida política, aunque no sea la solución, para un conflicto que tiene también una naturaleza política, a pesar de que se hayan incumplido aspectos legislativos. Creo que la sociedad española deberá entender, asimismo, esa anomalía en el tratamiento de la crisis, cuanto antes mejor y en beneficio de todos. Ningún conflicto político se resuelve con espíritu de venganza, sino escuchando y entendiendo las razones del otro, aunque no se compartan. Como explicaré, hay encuestas del Gobierno español que ponen una nota muy alta a la sociedad española en cuanto a su capacidad de tolerancia sobre opiniones diferentes. Es el momento de demostrarlo, y una forma será normalizar el diálogo con disímiles, con los contradictores, y eso es mucho mejor hacerlo con las personas en libertad, no en prisión.

Este libro ha sido escrito, igualmente, en unos momentos que han ofrecido ciertas oportunidades no completadas, pero ni el Gobierno central ni el independentismo catalán tienen todas las llaves para una solución definitiva. Hay cuestiones que se les

escapan a quienes negocian, como el desprestigiado sistema judicial, pero al mismo tiempo hay multitud de acciones políticas que posibilitarían salir de la encrucijada y encarrilar los trenes para evitar un nuevo choque frontal. El pronóstico de la crisis dependerá del tratamiento que quiera dársele, que puede ser de dos tipos: la de salir del paso con medidas inapropiadas y ser simples mutaciones de la misma crisis, o bien enfrentarse con la dura realidad de una crisis compleja, manipulada y viciada, que requiere de todas las partes la más absoluta osadía, audacia, coraje, autocrítica, consenso y convicción política para superarla. Y hay algo que es necesario plantear abiertamente y que España debe empezar a pensar: hasta finales de 2020, el independentismo en Cataluña nunca había superado el 50 % de los votos. Como intentaré mostrar, es muy difícil que se supere ese umbral de forma ostensible, a menos que ocurran procesos electorales o de consulta con alta abstención. También será difícil que el independentismo aumente de forma significativa a escala cuantitativa. Pero en una sociedad democrática y previsor, conviene ir pensando en la propuesta que se haría si, por las circunstancias que fueran, ese umbral llegara a los dos tercios o superara el 60 %. Aunque sea altamente improbable que eso ocurra a medio plazo, habría que buscar una solución muy diferente a las que se han planteado hasta ahora, si es que hay alguna consistente. Pensar en este escenario y su respuesta democrática puede deshacer el nudo en el que nos encontramos, pues sin respuestas a los futuribles no habrá esperanza de superar la crisis, ya que nadie acepta de buen grado que se le cierren todas las puertas si se dieran esas circunstancias. Siempre hay que ofrecer opciones de salida cuando hay grandes consensos de la otra parte, no crear encerronas. Este planteamiento se entenderá mejor cuando me refiera después a las mayorías necesarias para hacer las cosas.

De la misma forma que en el apéndice sobre el País Vasco termino anunciando las lecciones aprendidas, en este prefiero señalar, como avance, las principales cuestiones con las que me he ido encontrando desde 2015, de las que debía buscar algún tipo de respuesta, o cuando menos expresar mi inquietud. Algunas son muy recurrentes, pero es debido a que los centros de decisión

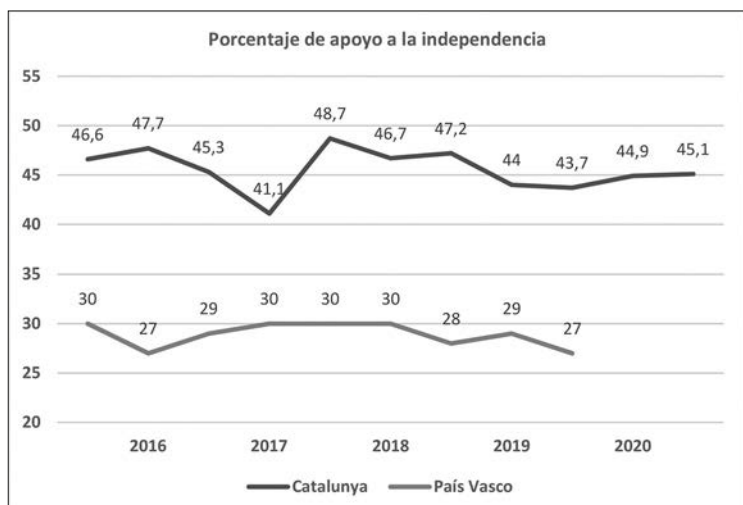
política también lo fueron en su obstinación. A pesar de que este libro tiene varios apartados, hay temas que son muy frecuentes y están en varios de ellos. Son, por ejemplo, la insistencia en lograr amplias mayorías, darse los tiempos necesarios, el error de plantear vías unilaterales y no consensuadas, clarificar lo que para Naciones Unidas es el «derecho a la autodeterminación», o todo lo concerniente con los procesos de negociación y sus técnicas. Otros temas que he tenido que abordar son lo que llamo «arquitecturas políticas intermedias» o el gradualismo, que van de la mano; las alternativas o variantes a los referéndums, las percepciones sobre los demás, las responsabilidades al asumir determinadas decisiones, el alcance de la acción exterior, los mecanismos de reconocimiento internacional de los nuevos Estados, la internacionalización del «procés», la utilización de la desobediencia civil y las técnicas de la no violencia, los riesgos de crear contrapoderes, las dinámicas propias de los conflictos y su gestión, las relaciones con España, la creación y manipulación de los mitos, la fabricación de imágenes de enemigo, y varios aspectos vinculados con las métodos de negociación y mediación, entre otras cuestiones. Muchas de ellas son técnicas incluso cuantificables, otras no, por lo que a veces ha sido difícil distinguir el análisis de la opinión personal. No es nada fácil afrontar sin pasiones una crisis como esta.

Ya que insistiré en la necesidad de buscar mayorías muy amplias para realizar determinadas cosas, he tenido que responder en numerosas ocasiones a la pregunta de ¿por qué, en el caso de que el 51 % de la gente votase a favor de la independencia, tendría que plegarse a la voluntad del 49 % restante? La respuesta es simple, por lo que ya la avanzo. Hay unas pocas cuestiones que, en cualquier país, se conviene que para cambiarlas se necesitan extensas mayorías, al menos de dos tercios. Algunos ejemplos pueden ser pasar de monarquía a república (o a la inversa), declarar una independencia, o cambiar la Constitución o un Estatuto autonómico. El motivo es que este tipo de cuestiones no pueden alterarse continuamente, como una chaqueta reversible, y depender de los cambios de mayorías simples que se producen cada cuatro años en los procesos electorales. No sería admisible convertirse en república un año determinado, y volver a ser una monarquía

al cabo de cuatro años, y así de forma sucesiva. Lo mismo vale si una región declara su independencia y al cabo de poco la gente vota volver al Estado del que se separó, y volver a segregarse en el siguiente período electoral. Hay cosas que no pueden tener marcha atrás, a menos que sea a muy largo plazo. ¿Imaginan lo que sucedería si las Constituciones cambiasen cada cuatro años, al capricho de los partidos dominantes en cada legislatura? Es para evitar estas tentaciones tan desestabilizadoras, que los Estados y sus parlamentos acuerdan unas reglas del juego basadas en grandes mayorías para cambiar las cuestiones más fundamentales y que afectan a toda la población. La búsqueda del consenso no es una losa, sino una virtud propia del aprendizaje dialógico. Obliga a razonar los argumentos, invita a buscar alianzas, a encontrar puntos en común y evitar las polarizaciones. En mi opinión, es todo lo contrario de lo que se ha hecho en Cataluña, y de ahí la crisis. Los seis primeros años del «procés», a diferencia y en contraste con la dinámica evolutiva de la última década del conflicto vasco, ha sido un *in crescendo*, un «ho tornarem a fer» (lo volveremos a hacer), un doctorado sobre una admirable terquedad y obstinación, pero también sobre incomunicación, y por esos caminos de autocomplacencia normalmente no se llega a ninguna parte.

Dado que comentaré brevemente el caso vasco, es interesante comparar las diferencias y las evoluciones del apoyo al independentismo en ambas comunidades. En el País Vasco, el momento de más apoyo a la independencia fue en 1995, con el 41 % de votos a favor, el doble lo de lo entonces podría existir en Cataluña. En 2013 fue del 37 %, y fue descendiendo progresivamente hasta situarse al 27 % a finales de 2019. Queda claro que su opción actual es de más autogobierno, pero continuando siendo una comunidad autónoma. En contraste, el apoyo a la independencia en Cataluña, que empezó a aumentar a partir de 2010, tuvo sus momentos álgidos en octubre de 2017, con el 48,7 % de votos favorables, y en marzo de 2019, con el 48,4 %, desciendo después, hasta situarse en el 45,1 % en diciembre de 2020. Nunca se llegó al superar el 50 %. Lo que quiero destacar es que, el «procés» catalán, a pesar de su menor temporalidad, ha tenido un apoyo bastante más grande que el independentismo

vasco a lo largo de toda su historia. Es igualmente significativo que, en octubre de 2017, el Euskobarómetro mostrara que solo la cuarta parte de la población vasca estaba de acuerdo en iniciar un proceso como el catalán. Por tanto, la «vía vasca» existe y se diferencia de la catalana, pues es más paciente y realista, dos virtudes de las que se podría tomar nota en momentos tan convulsos. También es cierto que el País Vasco goza de unos privilegios pactados durante la Transición que Cataluña no tiene, pero que quizás podrían alcanzarse y ser una opción para apostar en el futuro, aunque sería a costa de renunciar, de momento, a la independencia. Mientras, el Gobierno vasco negocia aumentar todavía más sus capacidades de autogobierno.



Fuentes: Centre d'Estudis d'Opinió y Euskobarómetro.

Antes de seguir con el análisis que he estado haciendo a medida que avanzaba el «procés», debo recordar algunos hechos a modo de introducción del problema planteado por la crisis catalana. Hago, pues, un resumen de hechos sucedidos hasta la primera investidura de Pedro Sánchez, en 2018, que quizás puede ser de utilidad para que las personas que lean estas reflexiones recuerden el contexto en el que sucedieron.